mas al pobre, la que manda no cobrarle derechos, ó la que entrega á este, indefenso, á la insaciable avaricia de los curas?

Confesemos por un momento que la ley de matrimonio civil es defectuosa, ¿se podrá inferir de aquí que matrimonio civil y concubinato son una misma cosa?

Da risa ver á los RR. de "La Sociedad" defendiendo á los pobres. Han llegado los reaccionarios á tal grado de opresion respecto del pueblo, han demostrado tan claramente sus ideas de despotismo y de desprecio por él, que ya no les es posible sobre este punto la hipocresía. Los que tratan á los pobres de canalla; los que no quieren que se instruyan sobre sus derechos; los que segun el dinero fijan el derecho de elegir y ser elegido; los defensores de fueros y preeminencias; los que esquilman á los infelices viviendo á su costa sin trabajar: los que no quieren que pasen de béstias de carga, no serán jamas los amigos de los pobres.

Nó concluirémos sin notar que nuestros cofrades nos espetan en su editorial la palabra ☞ *caramba* ☜ hermosísima y de gusto esquisito. Dicha palabra nos recordó los preciosos tiempos del Cardillo y el Torito, y no estrañarémos encontrar en otros editoriales el *carai*, el *cachafo* y otras de igual ralea, pues que los de "La Sociedad," á proporcion que corrompen las ideas y que emplean rastreras y torpes calumnias, prostituyen la prensa y vuelven inmundo su lenguaje.

CARTAS

SOBRE LA

EDUCACION DEL PUEBLO,

ESCRITAS EN FRANCES

Por M. Laurentie,

ANTIGUO INSPECTOR GENERAL DE ESTUDIOS

TRADUCICAS AL ESPAÑOL

PARA EL CRONISTA DE MEXICO,

Por J. M. F. V.

MEXICO.
IMP. LITERARIA, 2.ª DE STO. DOMINGO N. 10.

1863.

Propiedad del editor.

FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPITULO I.

Mision del sacerdote con relacion á la educacion del pueblo.

Debiendo hablar de la educacion del pueblo, se fijó un pensamiento ante todo en el sacerdote cristiano, en el cura, en el pastor del pueblo, en su maestro, en su amigo.

El sacerdote, pero principalmente el cura, educan al pueblo. ¡Sabed, filósofos, que el lugar en que falta el sacerdote, es preciso colocar á un gendarme; y que éste no educa, sino que suple cuando mas á la educacion!

Así es, que siempre que se presente á mi pensamiento la tésis de aquel moralista, que al salir de los desastres de la revolucion francesa, predicaba al Instituto, que el único medio de restablecer la moral del pueblo, era una buena organizacion de gendarmería, me asusto sin poder evitarlo. Esto era decir que el estado

salvaje era bueno, con tal que á la barbarie se sobrepusiese una fuerza suficiente para impedir que fuese malo. Tolera la correccion de la doctrina del Rousseau. El corazon, las instrucciones, las pasiones, la voluntad, el desórden del alma, todo el hombre interior, toda esa vida oculta de la inteligencia, ¿en qué se convertirá bajo la autoridad del gendarme? ¡Qué pobres son las luces de la filantropía! se detienen en la superficie de lá humanidad; creen descubrir el secreto de la sociedad, si indican el decreto de la servidumbre; ¡ay! el misterio social seria entonces muy poca cosa. Todo individuo tiende naturalmente á emplear la fuerza, y cuando un poder cualquiera se sobrepone á los hombres, su principal tendencia es á sujetarlos bajo la cuchilla. La filosofía del moralista, nada tiene que enseñar sobre este punto á los que mandan, y el Instituto no tenia necesidad de deliberar sobre una cuestion que la maldad humana resuelve por sí misma. Si la moral no depende mas que de la dominacion del gendarme, nunca la moral se hallará en peligro de perecer, porque siempre encontrarán hombres que tengan interes en disciplinar la obediencia. Pero en este caso, la moral del pueblo consistirá en su sumision á la fuerza; y toda la sancion de ésta será la espada.

Yo creo, y vos lo creis tambien, amigo mio, que la moral del pueblo es otra cosa. La moral no solo no es el gendarme, sino mas bien la que hace inútil al gendarme. Sé que la imperfeccion humana, no puede llegar plenamente á carecer de la represion; pero el filósofo debe empujar á la sociedad á ese objeto como si estuviese seguro de conducirla, de otra manera no seria filósofo. Eso es precisamente la educacion.

Comprendida de esta manera, la educacion que se apodera del hombre por el pensamiento, por la conciencia, por toda la base de su naturaleza íntima, esa educacion de la que está proscrita la disciplina de la fuerza, ¿quién se la dará al pueblo?

¡Buscad filósofos! mirad á vuestro derredor cuál es la eternidad que va á desempeñar esa mision poderosa.

Se han hecho toda clase de estudios, se han agotado toda especie de ensayos. Los innumerables poderes que se han colocado al frente de las sociedades, han presentado millares de sistemas sobre la educacion del pueblo. Todos han escrito sus teorías, y cada teoría ha sido una expre-

sion de desconfianza ó de aversion contra el sacerdote. ¡La educacion no necesita de los sacerdotes! Era el pensamiento fundamental de todos los libros y de todas las leyes.

¿No era esto presentar de nuevo al gendarme bajo otros nombres?

El sacerdote es el hombre propio para dar la educacion, porque es el maestro de los deberes y el preceptor de la conciencia. Y el sacerdote adecuado, el individuo propio para la educacion popular, es el cura, porque el cura es el hombre del pueblo, el confidente de sus pesares, el que remedia sus necesidades, y el consejero de toda su vida.

La filantropía no permite que se muestre al sacerdote como un instrumento necesario de la moral; y sin embargo, nada es mas sencillo. La moral no es un contrato; la moral desciende del cielo á la tierra. El hombre no la hace, porque si la hiciese podria deshacerla, no seria mas que un capricho, una quimera, un abuso ó un engaño. En fin, nada seria.

Así, pues, la moral debe tener una sancion que no sea la del hombre. Dar por única base á la moral el ejemplo de los poderes humanos, es alterarla. Es verdad que éstos deben enseñar la moral al pue-

blo, nadie lo duda, pero con la condicion de que no se han de convertir en autores de la moral. Por solo este hecho, la destruirian.

¿Que cosa es, pues, el oficio del sacerdote en la enseñanza de la moral, si no es el de restituir las leyes naturales del órden á la humanidad? Enseñando el sacerdote á los hombres sus deberes, hace aparecer sobre él con solo su palabra de sacerdote, la grande autoridad de Dios que impone estos deberes, y cuado Dios se muestra se comprende la moral. No es una prescripcion de la fuerza, que hace doblegar el cuerpo y no penetra hasta el alma; es una expresion de la soberana equidad, ante la cual cede la conciencia y la voluntad se humilla.

El sacerdote es la razon viva de la moral. Seguramente no la crea, como no la crean los poderes humanos; pero enseñándola á los hombres, les descubre su órigen haciéndolos [illegible]. Registrad la historia, y en cualquier parte en que veais al pueblo obediente á las leyes del órden, honrada la virtud, [illegible] el ejercicio del poder [illegible] ejercitado con amor los deberes de la vida social, activa la beneficencia, [illegible] las costumbres, conducida la familia con dignidad, vene-

rado el padre, protegida la madre y bendecida, acostumbrado el niño desde su mas tierna edad á los hábitos de honradez, á ser pudoroso, modesto y candoroso, decidme, ¿no veis al sacerdote poderoso, y escuchadas su palabras como un oráculo?

Así es. Solo la religion tiene la autoridad necesaria para conducir á los hombres á las prácticas que constituyen la felicidad de la vida, quitando las pasiones del alma, ó templándolas por la bondad y la justicia, y entonces el sacerdote es el instrumento de la religion. El sacerdote explica á los hombres la razon de las virtudes y de los deberes; sin esto la inclinacion natural es correr hacia los vicios y la voluptuosidad. La policía de los Estados, puede, hasta cierto punto, detener esa inclinacion, cuando satisfaciéndose cede en perjuicio de tercero y cuando para alcanzarla se apela á la violencia, al rapto, y en fin, al crímen. Pero ademas de que la maldad tiene una flexibilidad mas ingeniosa que la reprension, tiene deseos infames y proyectos atroces, que no debe alcanzar la represion. La policía mas previsora, la mejor organizada, la mas inteligente, puede á lo mas obligar á los hombres á disfrazar su perversidad; puede enseñarles el refina-

miento de la hipocresía; puede cubrir el vicio con la careta de la política, y reducir la virtud á que no sea mas que una habilidad ó una astucia. Mas no por esto se destruye la corrupcion, y los Estados nunca se hallan mas en peligro de perecer, que cuando, bajo ese exterior de policía, se halaga la conciencia de los pueblos, y el conocimiento de los deberes se convierte en cobardía ó en cálculo.

La religion restituye á las pasiones humanas su sinceridad: ya esto es un oficio admirable.

La religion no deja lugar á la mentira; combate las malas inclinaciones, para destruirlas y no para ocultarlas. De manera que el sacerdote, que es el instrumento de la religion para corregir las malas inclinaciones, es al mismo tiempo el instrumento de la dignidad humana. El sacerdote no coloca una máscara en la frente del perverso; se dirije directamente á su alma; ataca los vicios en su gérmen; esto es lo que forma la mision del sacerdote, y lo que sabe muy bien, que lo hace grande y poderoso. No es una mision de policía exterior, es una mision de reforma íntima y profunda. No quiere que el perverso se disfrace, sino que se corrija. Tal es la gran educacion que proviene del sa-

cerdote, educacion social y humana, y la única que tiene por objeto la felicidad del hombre; cualquiera otra educacion es solo una disciplina.

Mas lo que acabamos de decir es general y se aplica á todos los hombres. Volvamos al pueblo.

¡El pueblo! Hay dos maneras de entender esta palabra; unos la pronuncian con desprecio, otros con insolencia. Para los primeros, el pueblo es una bestia feroz y miserable; para los segundos es un poder augusto y temido. Unos entregan al pueblo á las lágrimas y á la afrenta; otros hacen de él un objeto de culto. ¡Pobre pueblo! y entre estas dos maneras de hablar del pueblo, no sé cuál es menos odiosa ó mas fatal. No amo á los que desprecian al pueblo, pero amo mucho menos á los que lo engañan.

El pueblo es una inmensa base viva, sobre la que se asienta la humanidad. Todos somos del pueblo; todos lo tocamos por algun punto, no obstante las variaciones del poder de la fortuna, de la inteligencia ó del genio entre los hombres. Dios no ha hecho en la raza humana regiones distintas que nada tengan de comun entre sí. Todos los hombres se sostienen por medio de una cadena que sube al cielo. Todos reciben la vida del mismo principio, y éste se perpetúa y se renueva en el pueblo. Las grandes razas, las familias ilustres, los nombres gloriosos se extinguen; el pueblo no muere, y de él es del que tratan de cuando en cuando esas nuevas glorias, que reemplazan á las que se extinguieron. Así, pues, el pueblo merece entrar como parte principal en las teorías filósoficas de la humanidad. Dejemos á los que no hablan mas que segun los estrechos cálculos de su ambicion ó de su vanidad. El pueblo, esa gran masa que forma la base de las sociedades humanas, se ofrece á nuestra vista bajo un aspecto mas elevado. Es preciso verlo á la luz de la Providencia para conocerlo bien, sin lo cual, seria para nosotros un misterio en su condicion. ¿Cómo podriamos explicarnos sus miserias y su sumision, en medio de esas mismas miserias? Tal vez, como otros muchos, lo creeriamos nacido solo para el trabajo y para las lágrimas, y á lo mas, en lugar de verlo con desprecio, le dirijiriamos una que otra mirada de piedad; ó bien espantados con la fatalidad que parece pesar sobre él, nos habriamos visto tentados á hablarle á nuestro turno de su soberanía, y á excitarlo á que tomase el cetro para romper con él

la cabeza de los que se han constituido sus tiranos. Fuera de los designios de la Providencia, no hay para el pueblo mas que el exceso del desprecio ó el exceso de la adulacion; es decir, la alternativa de la miseria ó del crímen: esto es todo lo que en realidad puede ofrecerle la filantropía humana.

No así el cristianismo, que siendo la expresion completa del órden providencial en el conducto de la humanidad se vuelve con otros pensamientos hácia el pueblo. El cristianismo no desprecia, ni exalta al puelo, sino que lo honra y lo ama; palpa y bendice su pobreza; santifica sus harapos, ennoblece su rudeza, y aun de su ignorancia hace un mérito y una virtud.

El cristianismo, esa obra inmensa de regeneracion, ha debido ser la religion del pueblo; ha dado á éste la razon del sufrimiento; y esto solo habria hecho del cristianismo la mas tierna filosofía, aun cuando hubiese sido una santa y misteriosa explicacion.

Por esto el sacerdote cristiano, á saber, el hombre de Dios, se encontró naturalmente hombre del pueblo, porque se convirtió desde el principio en maestro, guía y compañero de su vida.

Cuando se habla de la educacion del

pueblo, es imposible que el pensamiento no se fije en el instante, en el sacerdote cristiano.

El sacerdote refiere al pueblo el secreto de su condicion, y él solo tiene derecho para hablarle de los deberes que á ella se ligan.

Sin la voz del sacerdote, no hay educacion, es decir, no hay enseñanza moral para el pueblo. ¿Qué tenemos que decirle nosotros los filósofos del pueblo? ¿Lo harémos con nuestras palabras que ame el trabajo, el sacrificio, las privaciones, la abnegacion y las lágrimas? ¿Con qué derecho? ¿No se reirá el pueblo, y con razon, de nuestras palabras? ¿Acaso nuestros libros, no le parecerán un insulto?

El sacerdote que puede decir: ¡Feliz el pobre, feliz el que llora y gime; feliz el oprimido, el débil y el que sufre, ese es el solo maestro del pueblo; solo él tiene la mision de hablarle, para consolarlo y bendecirlo.

El sacerdete que puede y debe mejor desempeñar este santo oficio, es el cura, el sacerdote del pueblo.

Regularmente el cura, ha salido del pueblo; lo ha visto y palpado de cerca; entonces le pertenece por los vínculos de

la sangre y por los primeros padecimientos de la vida. Jamas ha perdido el recuerdo de su existencia laboriosa y ruda; y por lo mismo está mas íntimamente unido al pueblo, en medio del cual se halla plantado el cura; es el enviado de Dios, para enseñarle á soportar con alegría sus dolores. Así es que la voz del cura, es doblemente apreciada por el pueblo; es una voz que conoce hace mucho tiempo, y cuando vuelve autorizada con la sancion del cielo, es mucho mas venerable.

Y sin embargo, puede tambien suceder que el cura haya sido criado en medio de las delicias, y que nunca haya sabido, ni palpado, las miserias del pueblo. Entonces es una cosa verdaderamente tierna: él verá aquel hombre educado en medio de los placeres, que va á mezclarse á las tristezas humanas. El cura que desciende de los círculos elevados de la sociedad, y que forma una parte del pueblo para participar de sus dolores, es como un ángel que huye de los placeres y adquiere una perfeccion mas con las privaciones á que se sujeta.

Sea cual fuere el punto de que parta el cura, siempre es el hombre del pueblo; es su maestro y su consejero, y la autori-

dad moral que existe para él sobre la tierra.

De ahí nace el admirable poder del cura para dirijir naturalmente la educacion del pueblo. Lo ilustra por medio de la religion. Alrededor del cura se apiñan los hijos del pueblo. ¡Qué cosa hay mas bella que esa admirable escuela del Catecismo, esas lecciones dadas en la iglesia, esas perpetuas repeticiones de la tiernísima escena de Jesucristo: "*¡Dejad que vengan á mí los niños!*" ¡Qué encanto en esta imágen de la religion, amiga del pueblo! ¡cuánto amor en este ejemplo! ¡cuánta bondad en esta comunicacion gradual de los deberes de la vida! ¿Y es posible que haya hombres que permanezcan frios á este espectáculo? ¿Qué será, pues, lo que podrá hacer brotar una lágrima de esos corazones de mármol?

El Catecismo es la gran escuela del pueblo. Y qué, ¿no lo es tambien nuestra, de nosotros, hombres estudiosos, indagadores de la moral, pobres autores de libros? Allí es en donde hemos apurado lo poco que sabemos de los misterios de la humanidad, y mientras mayores han sido las lecciones de nuestro cura que hemos conservado en la memoria, mas sábios hemos llegado á ser en la ciencia de la vida.

Por medio del Catecismo, llega á ser el hijo del pueblo mas ilustrado de lo que lo fué el divino Platon. ¡Oh cielo! lo que digo ¿no es una blasfemia?

¡Lo afirmo! El Catecismo es una filosofía, ante la cual se hubiera arrodillado Platon, levantando sus manos al cielo, arrojando gritos de amor y de humildad.

Y si Platon hubiese visto una asamblea de los hijos del pueblo, formada alrededor del cura, si hubiese presenciado esa leccion admirable, en que los secretos mas grandes del cielo se descubren natural é inocentemente á unas incultas inteligencias, Platon no hubiera hallado términos para manifestar su asombro y su entusiasmo.

Recoged en todos los libros de la tierra, en todos los códigos, en todos los tratados de filsofía, todos los preceptos de sabiduría y de virtud que podais encontrar, y no hallareis cosa alguna que se parezca al conjunto de creencias y deberes que se enseñan en el Catecismo.

¿Y es poco tener en un librito todo el resúmen de la ciencia moral del hombre? Este librillo seria mudo é impotente, como todos los libros de filosofía, si no se encontrase un doctor para explicarlo al pueblo, y este doctor es el cura. Es el que

da vida á esas palabras llenas de misterio. Es la que hace que la comprenda la inteligencia de los niños, apenas abierta á las nociones comunes de la vida. El cura, es pues, el instrumento de esa educacion moral, de esa enseñanza del pueblo, sin la cual éste seria bárbaro; quitad al cura, filósofos, y decidme: ¿quién se encargará de preparar al hijo del pueblo ese alimento admirable de la inteligencia, de donde el conocimiento de los deberes, de donde nace la conciencia, de donde nace la virtud, de donde nace, en fin, el respeto de todas las condiciones de la sociedad? Excepto el cura, ¡hallad en el mundo una existencia pública ó privada, á cuyo derredor vayan como por instinto á agruparse los hijos del pueblo! Excepto él, ¿quién es amigo del pueblo? ¿quién el que puede ilustrarlo? ¿quién posee el secreto de sus necesidades, de sus miserias, de su ignorancia? El hombre que escribe obras para el pueblo, ¿lo ha visto alguna vez? El que manda al pueblo, ¿ha descendido una ocasion siquiera á sus asilos? El que forja leyes para el pueblo, ¿sabe acaso lo que éste pide á los legisladores? El cura es el que vive en medio del pueblo. A él solo se revela esa existencia, que á nada de lo conocido en el mundo se parece. El solo

tiene tambien el conocimiento de sus necesidades. ¡Escuchad, filósofos! estableceis escuelas, muy bien; ¿estableceis alguna cosa que se parezca á la casa cural? Este es el lugar de la cita de los hijos del pueblo. Es el asilo á donde se refugian las madres que lloran, las viudas que se lamentan, los padres que han perdido á sus hijos, los pobres, los huérfanos, todos los que tienen un dolor secreto en el fondo del alma. Las mugeres, sobre todo, afluyen al curato, de la misma manera que concurren á la iglesia. ¿Sabeis por qué? porque las mugeres son las que soportan la parte mas pesada de los dolores humanos. El curato es el hospicio á donde van á curarse las miserias morales. Es á donde va el pobre pueblo en sus dias de desgracia: es verdad que tambien concurre á él en sus dias de alegría. El curato es el confidente del pueblo: por este motivo los primeros pasos de los hijos del pueblo se dirijen naturalmente hácia el curato. Los niños van allí á representar inocentemente el amor y la gratitud de sus padres. ¡Oh! es muy tierno, conmueve contemplar á los niños, cuando llegan confiados en la palabra del cura á buscar sus caricias, glorificándose de los testimonios que éste les da de su cariño. Todo dispone á los

hijos del pueblo á aceptar al cura como maestro y como guardian de su vida: cada familia se nutre con este pensamiento; es como un instinto en el cristianismo, es una necesidad que se revela desde los primeros años de la vida, y cuyo imperio siente el anciano, cuando rodeado de sus hijos en el hogar, los invita á merecer la estimacion y el aprecio del cura, como un feliz presagio para lo futuro. Así es que, naturalmente, y conducidos por la inclinacion de sus corazones, los hijos del pueblo marchan directamente al cura, y éste forma la educacion del pueblo, no solo por derecho de su ministerio, sino por la autoridad que da la confianza. El pueblo es como una gran familia, que se agrupa alderedor del cura; y éste no tiene mas amor sobre la tierra; su alma se esplaya enteramente entre el pueblo, al que ilustra y bendice. ¡Qué maestro y qué discípulos! el afecto es el que forma la disciplina de esta escuela. ¡Ah! fué preciso que muchas tempestades pasasen sobre la sociedad humana, para que pudiese romperse esa unidad de familia. Seria una horrible desgracia que no volviese á aparecer jamas. Seria mas que una desgracia, seria un crímen que se encontrasen hombres capaces de perpetuar los obstáculos

para lograr aquel fin. Si desgraciadamente llegase á faltar al pueblo su cura, no habria para el primero otro maestro que el gendarme, ni otra moral mas que la de la policía de las prisiones. Toda la educacion consistiria en los reglamentos de policía, toda la virtud en miedo, y toda la inocencia en hipocresía.

CAPITULO II.

Carácter de la educacion del pueblo.

Muchos se ocupan de la educacion del pueblo, y pocos saben cómo debe ser.

Cuidémonos, amigo mio, de las equivocaciones y de los horrores. La educacion del pueblo, tiene condiciones que solo el cristianismo nos ha dado á conocer. Por que el cristianismo es el amigo del pueblo, y como está basado en la razon y en la sabiduría, el amor que tiene al pueblo, no puede dar lugar á extravíos ó á ilusiones.

La educacion del pueblo será principalmente moral. Tendrá por objeto, hacerlo bueno, sencillo, caritativo, fiel á los

deberes de la vida civil, como á los de la vida doméstica.

Seria una locura pretender dar al pueblo esa política elegante, que buscamos en las clases elevadas de la sociedad. Tienen los hijos del pueblo un aspecto rudo, que con mas frecuencia de lo que se piensa, oculta la virtud. Si la educacion tuviese solamente por objeto quitar al pueblo esa aspereza, para hacerlo aparecer elegante y de buenas maneras, creo que á lo mas lograria iniciarlo en los vicios de la civilizacion, sin obligarlo á otra cosa que á una vana imitacion de las gracias de esta última. La educacion seria entonces una corrupcion.

La política del pueblo debe ser profunda y verdadera; debe hallarse en el fondo del alma. No debe ser solo un adorno, sino una virtud.

El pueblo bien educado será religioso, y su religion será clemente, hospitalaria y benéfica.

La piedad del pueblo es un admirable instituto de educacion, porque le hace comprender el respeto que debe á la sociedad, haciéndolo digno de las consideraciones que él guarda á los demas. Ennoblece su humanidad; hace grande su pobreza; y á su condicion de miseria y su-